

EL CUADRO

A las veintidós horas del día dos de mayo, nos reunieron en el patio central del cuartel. No esperábamos a cualquiera, estábamos esperando al Mariscal Murat. Todos conocíamos las palabras que dirigió a nuestro emperador tras aniquilar al ejército prusiano: “Señor, la batalla ha cesado por falta de combatientes enemigos”. Nunca pensamos que el propio Murat viniera a visitarnos.

Yo pertenecía a la compañía de fusileros. Mi altura, un metro sesenta y cinco, era la más adecuada para manejar la bayoneta en la lucha cuerpo a cuerpo. Formábamos de manera cerrada. Éramos un solo hombre manteniendo en todo momento nuestra posición.

Nunca quise estar en el ejército, pero tenía que aligerar a mi familia, mi madre estaría mejor con solo dos hijos que alimentar. Entré muy joven, al principio acarreando agua a los soldados.

Hace siete años pedí entrar en el Cuerpo de Zapadores y en otros de logística, pero me lo denegaron año tras año. No quería seguir usando las armas y cada vez aguantaba menos la violencia, el espíritu de la revolución estaba dentro de mí, sobre todo el principio de *Fraternité*, “Hermandad”. Desgraciadamente mi historial repleto de peleas y de borracheras pesaba demasiado y no podía dejar de beber desde el suicidio de mi padre cuando yo tenía catorce años.

Hace seis meses, estando en el cuartel de Marsella, nos comunicaron que nos enviaban a España. Me despedí de Claire, me acababa de decir que no estaba embarazada como creía. Me alegré, no la amaba y no quería su desgracia.

Nos dieron un uniforme nuevo, dos polainas y tres mudas. El pesado abrigo, el gorro, las armas y el petate, siempre a la espalda, hicieron que nuestra marcha fuera agotadora. Apenas hablábamos entre nosotros, cada uno en su silencio de amargos pensamientos.

El veintitrés de marzo llegamos a Madrid, una ciudad de ciento sesenta y siete mil almas, vivíamos recluidos en el cuartel de Barquillo, o en rondas de vigilancia, en grupos de diez. Muchas de las casas más grandes estaban cerradas porque sus dueños, que pertenecían a la nobleza, las habían abandonado. Se suponía que no éramos sus enemigos, pero no nos querían, nos miraban con desprecio, nos llamaban sucios, puercos, gabachos... Comenté con un compañero la mirada de desconfianza de los madrileños, pero me contestó que nosotros no teníamos que pensar nada.

A la hora de la cena volvíamos al cuartel, pero yo me las ingenia para salir por la noche y conocer el pueblo que acabábamos de invadir. Llevaba solo la camisa, me ataba un pañuelo al cuello y buscaba tabernas, me habían contado que había más de quinientas donde beber en algún rincón oscuro. Durante las rondas de día veía los cafés, pero solo podía asomarme y oler su ambiente. Durante la noche descubrí la sencillez y belleza de

sus calles, pero también descubrí a su pueblo. Aprendí muchas de sus palabras, leyendo a escondidas el “Diario de Madrid” y escuchando sus conversaciones, sobre el orgullo de ser madrileño, sobre su rabia por la ocupación. Oí que pensaban plantar cara al invasor y luchar por su libertad. También sobre el hambre por la escasez de alimentos, sobre su desesperación.

Empecé a salir del cuartel llevando el **pan de pueblo** que nos daban en la cena, envuelto en mi pañuelo tricolor y lo dejaba al lado de familias que veía que dormían en los alrededores, en cada grupo veía a mi madre y mis dos hermanos. Al volver al cuartel encontraba mi pañuelo vacío donde lo había dejado. Nunca conté nada a nadie, cada día que pasaba solo pensaba en dejar el ejército, huir, pero conocía lo que les esperaba a los desertores.

Sabía que podía pasar y pasó, el cinco de abril a las dos de la madrugada me descubrieron, eran cinco muchachos que salieron de la taberna detrás de mí, me taparon el paso, me zarandearon y me preguntaron a gritos, conseguí contestar solo dos o tres palabras en español, entonces empezaron los puñetazos, las patadas. Cuando abrí los ojos estaba en una habitación oscura y sencilla, una silla y una mesa con una jofaina. En mi frente un pañuelo, mi pañuelo que había vuelto a dejar esa misma noche, con el pan y un poco de jamón que había conseguido, cerca de una mujer con dos niños dormidos. En el suelo una palangana con agua ensangrentada. Al tocar mi cabeza noté la brecha que habían limpiado. Me habían salvado la vida.

El dos de mayo por la noche, estábamos en el patio, escuchando a Murat, subido en un simple taburete, sudoroso, la voz quebrada, la cara congestionada y el traje sucio. Nos vociferó sobre los compañeros muertos en la campaña española, nos enumeró las perdidas, nos habló de las familias de los soldados caídos. Nos informó que ese mismo día los madrileños se habían levantado y que los mamelucos tuvieron que descargar sobre ellos.

Su orden fue que esa misma madrugada se ejecutaran a cientos de rebeldes y se eligiera a ocho de los que estábamos allí para formar un pelotón de fusilamiento.

Salí con mis compañeros y llegamos hasta la montaña de Príncipe Pio, parecíamos unos fantoches con nuestros pesados abrigos, nuestros gorros y nuestras botas altas. Nos dieron la orden de colocarnos en fila, hombro con hombro. Ante nosotros grupos de hombres aterrados, suplicantes levantaban los brazos y rezaban antes de caer.

Me coloqué el último de la fila, no disparé, *Fraternité*, no era sólo una palabra.

Cuando mi cuerpo por fin mandó sobre mi vergüenza, me di la vuelta y me marché de allí. Trataría de llegar a Cádiz, zona no ocupada, y coger un barco. Lo conseguí.

He visto el cuadro de Francisco de Goya “Los fusilamientos del tres de mayo” En la espeluznante escena, yo estoy al fondo, con mi gorro alto, de espaldas, marchándome.

Recuerdo lo que pensaba en ese momento: “Los pueblos no pueden luchar en nombre de unos principios que no cumplen”.